

RABBI BEN EZRA

Traducción Armando Roa Vial

¡Envejece junto a mí!
Todavía nos aguarda lo mejor,
la última estación de la vida,
la culminación de su razón de ser:
nuestros tiempos están en Su mano.
Ha dicho: "Todo lo he ordenado,
la juventud sólo muestra una parte; confía en Dios:
mira el universo sin miedo".

Aunque nuestra juventud, acumulando flores,
suspire: ¿"Qué rosa abrazaremos?";
o ¿"Cuál de todos los lirios que abandonamos
recordaremos después como el mejor?";
o aunque anhele admirando las estrellas,
"ni Júpiter ni Marte;
la mía será una llama
cuya mezcla a todos superará".

No por aquellas esperanzas y temores
que ensombrecen los fugaces años de la juventud,
yo debo protestar. ¡La locura se pasa de la raya!
Antes valoro el ignorar
si otros seres elementales
habitan más allá de nosotros,
fragmentos de tierra acabada y finita, imperturbables.

Modesto alarde de la vida
es el hombre que sólo crece
para nutrirse de goces y hacer de su existencia un carnaval:
pues acabado el deleite
nuevamente el ocaso caería sobre él.
¿Acecha el hastío al pájaro saciado? Y la duda: ¿acaso mancilla
las rebosantes fauces de las bestias?

Regocíjate de ser afines
a Aquel que provee
y no consume, que entrega sin recibir.
Pues basta un ligero temblor para perturbar nuestras raíces.
Dios abraza a los desprendidos,
no a los codiciosos: eso quiero creer.

Entonces, saluda las insolencia y desdenes
que agrietan la suave superficie de la tierra...
ellas son la estocada que nos impele a avanzar
antes que a rendirnos o a quedarnos inmóviles.
¡Seamos nuestras propias alegrías,
con sus tres esferas de dolor!
Lucha, sin escatimar propósitos;
anhela, apartando los remordimientos;
arriégate, sin tomar en cuenta las zozobras.

De esa forma –una paradoja que alivia a pesar de su burla–
la vida se impondrá allí donde parece fallar.
Aquello que pude ser y no conseguí me conforta:
estuve cerca de la bestia, pero no bajé en la balanza.

Sólo es un animal
ese cuya carne hace del alma un mero acomodo,
cuyo espíritu trabaja por miedo
a que brazos y piernas quieran jugar.
Para el hombre, propongo esta prueba:
¿cuán lejos puede su cuerpo empaparse
con lo mejor de su alma,
en su peregrinar solitario?

Los dones deben mostrar su utilidad:
admito al Pasado, profuso en perfección y poder:
ojos, oídos que tomaron su botín,
el todo atesorado por el cerebro.
¿No debe el corazón demostrar de una vez
cuán saludable es vivir y aprender?

O quizá no latir con un: “¡Te bendigo!,
ya veo el sentido de tus designios,
yo, que vi el poder, veo también ahora el perfecto amor;
acabado juzgo a Vuestro plan:
agradecido estoy de ser un hombre.
Dios: cambia o completa. ¡Confío en Tu voluntad!”.

Placentera es esta carne.
Nuestra alma, cautivada por esta tierra,
anhela un remanso.
Y nosotros un premio podemos abrazar
para competir con todas esas innumerables posesiones
de las bestias, ¡alcanzar más porque somos más completos!

No digas nunca:

“A pesar de esta carne
hoy combatí y avancé y me hice de un lugar en el todo”.
Y así como el pájaro que vuela y canta,
debes gritar: “Todo lo bueno
en nuestro; el alma no ayuda a la carne
más que lo que la propia carne ayuda al alma”

Así emplazo a la vejez
para que reconozca el legado de la juventud
cuando el fragor de la vida llega a su término:
entonces avanzaré, estatuido como un hombre
por siempre alejado de las bestias; un dios seré,
aunque sólo en gestación.

Y podré descansar
antes de acometer otra vez
mi nueva y desafiante aventura:
sin miedo ni perplejidad,
emprendiendo la próxima batalla,
eligiendo para ella armas y vestimentas.

Terminada la juventud
probaré mi ganancia o mi pérdida,
sin perturbar las cenizas que queden del fuego:
pues aquello que en ellas subsiste es sagrado:
y a mi vida juzgaré,
alabándola o condenándola.
Cuando se es joven, todo parece dudoso;
y cuando se es viejo, todo se da por conocido.

Y nota que al llegar el atardecer
emerge un momento inevitable en el que
todo fulgor es arrebatado del horizonte;
es entonces cuando un susurro del Oeste
nos punza: “Agregadlo al resto,
recógelo y muestra su valor: aquí muere otro día”.

Así, en esta vida,
alzándome por encima de sus disputas,
dejadme discernir, comparar y pronunciar al fin:
“Este ardor, en su raíz, era bueno;
aquella complacencia, en cambio, era vana:
puedo ahora, que ya probé mi Pasado, afrontar el Futuro”.

Porque sólo eso le está reservado al hombre,
cuya alma apenas cincelada

puede realizar en el Futuro lo que aprende en el Presente:
y ya aquí hay suficiente trabajo con apenas cautelar
la labor del Maestro, entendiendo las insinuaciones
del verdadero Arte y las astucias
del correcto juego de las herramientas.

Buscando lo mejor la juventud
debía batallar, aun con sus yerros,
para realizar aquello cuyo cumplimiento
observaría luego en la vejez:
así, al avanzar la edad, conocemos a plenitud,
sin luchas que nos pongan a prueba.
Aguardaste la vejez: ¡pues ya es tiempo
de esperar la muerte sin temor!

Por ahora es suficiente si lo Recto,
lo Bueno y lo Infinito
sean nombrados por sus nombres,
así como vos llamáis tuya a vuestra mano,
con conocimiento cabal,
no sujeto a las disputas
de los tontos que acechaban vuestra juventud
sin dejarte juzgar por ti mismo.

¡Y que desde ahora y para siempre
los espíritus privilegiados se aparten de los indignos,
señalando a cada cual el sitio que le corresponde en el Pasado!
Fui yo quien emplazó al mundo
mientras los hombres mi alma desdeñaban;
¡Deja que la vejez anuncie al fin la verdad
y traiga paz sobre nosotros!

Y ahora ¿Quién será arbitro?
Diez hombres aman lo que aborrezco,
huyen de lo que busco
y desprecian lo que recibo;
diez, que en ojos y en oídos
se miden conmigo: todos hacemos conjeturas,
ellos en esto y yo en aquello:
¿en quién deberá confiar mi alma?

Como fuere, la sentencia no debe versar
sobre aquello que el vulgo llama “Productividad”,
las cosas fabricadas que gustan a la vista
y cuya razón de ser es su precio;
sobre éstas, nivelando,

el bajo mundo colocó sus manos,
pudiendo tasarla con avidez.

Lo que el tosco pulgar
falló en instalar
fue aprobado en lo esencial;
y los impulsos inmaduros
o los propósitos inciertos,
cuya carga no era pesada como obra suya,
todavía engrosan la herencia del hombre.

Pensamientos no muy aprisionables
en pueriles documentos,
fantasías que desbordando al lenguaje
lograban escapar;
todo aquello que nunca pude ser,
todo aquello que los hombres desconocieron en mí
y que era valioso ante los ojos de Dios,
cuya rueda configuró mi arcilla.

¡Ay, medita en esa rueda de Dios, el Alfarero,
ese verdadero símbolo, y siente
cuán veloz corre el tiempo y cuán quieta es la arcilla
de la que hemos sido hechos;
tú, a quién los insensatos fustigaron mientras
corría el vino: “Ya que la vida es fugaz, todo cambia;
el Pasado se ha marchado; goza del instante”.

¡Ignorante! Lo que es, en su conjunto,
dura para siempre, revocando al recuerdo;
que la tierra cambia, es cierto;
pero Dios y tu alma se mantienen firmes:
cuanto ha penetrado en tí, *eso* fue, es y será.
El curso del tiempo retrocede o se detiene:
pero el Creador y su obra permanecen para siempre.

Fue Él quién fijó vuestra alma en este baile
de circunstancias cambiantes,
en este Presente que vos gustosamente cesarías:
engranaje sólo encaminado
a inclinar vuestra alma, a tentarla, a cambiarla,
a marcarla con fuerza.

¿Y qué más da si nada aferran en ti los alegres amores?
¿Y qué más da si bordeando tus orillas
crecen seres mortuorios apilándose sombríamente

y obedeciendo ese apremio cada vez más severo?

¡Mira el arriba y no el abajo!
El mesón del jolgorio, el brillo de la lámpara,
el gorjeo de las trompetas,
la espuma rebosante del nuevo vino
y los labios del Maestro que se encienden!
Tú, Maestro, copa jubilosa del cielo,
¿qué necesidad tenéis de esta tierra?

Pero yo te necesito, ahora y después,
Dios que eriges al hombre:
porque cuando mi existencia comenzaba a
desbordarse, atado como estaba en la rueda de la vida
con abundancia de formas y colores,
malogré mi fortuna, que era saciar Tu sed.

Así pues, recoge y usa Tu obra:
enmienda las faltas que oculte,
las deformaciones de la sustancia, las torceduras que rompen la medida;
¡Mi tiempo está en Tu mano!
¡El círculo se cierra, como Tú lo planeasteis!
¡Deja que la vejez apruebe a la juventud para que la muerte,
en su seno, las reúna por igual!